



DESALIENTO



As nueve de la noche serían. Teresa bordaba sentada al lado del fuego, cuando se oyó llamar suavemente; corrió á la puerta y más por hábito que por desconfianza preguntó quién fuese.

—¡Yo!—respondió una voz áspera.

Abrió, entró un jóven envuelto en su capa; se besan, y la muchacha le dice:

—¿Qué pasa, Mario?

—¿Por qué me lo preguntas?—replica este.

—Porque no has dicho *yo* como otros días.

Mario se quedó mirándola sin responder, puso sobre una silla la capa y el sombrero y se acercó á la estufa. La muchacha, volviendo á ocupar su sitio, aproxima un banquillo, en el cual se sentó él con el codo puesto sobre las rodillas y la cabeza sobre la mano.

Así pasaron algunos momentos sin cruzarse una palabra; luego Teresa le preguntó con timidez.

—¿Has escrito?

—No,—respondió el jóven con aire pensativo.

—Has hecho mal.

—Peor hubiera hecho si hubiera escrito, porque tambien hoy tengo la cabeza hueca como una bomba de jabon.

—Hace un mes que dices lo mismo.

—Pues hace quizá más de un mes que lo siento. Y siento que he perdido todo el jugo. Dijo cierta vez un crítico una verdad muy sencilla, pero profunda:

—Para escribir es preciso tener algo que decir á sus conciudadanos.—Yo no tengo nada que decirles y no escribo. Escribir tan solo para que el público vea que se saben poner juntos verbos y sustantivos y emplear uno tras otro epítetos, no me parece digno de un hombre.

—Mario,—respondió la muchacha poniéndole una mano sobre la cabeza y sonriendo:—¿dices esto seriamente ó sólo por hacerme rabiár?

—¿Por hacerte rabiár? Lo digo con la sinceridad de una dolorosa certeza. Hace más de un mes que es para mí la mesa de escribir verdadera rueda de tormento, y me paso el tiempo mordiéndome los dedos sin poder hacer nada de provecho. Poco importa que me excite mucho al principio, ó que me ponga á leer versos en alta voz como aconseja Buffon, ó que *piense sobre ello* como dice Manzoni, ó que tenga metidos los pies en agua fria como hacía Schiller; escudriñar dentro de mí, avivar todos los sentimientos que en otra ocasion me inspiraron: todo es inútil. Sentado

á la mesa, parece que cerebro y corazon se me arrugan como vejigas que hubieran estallado, y no me es posible aferrar una idea que merezca el honor de una gota de tinta. Te juro que digo la verdad.

—No jures... otras veces me has asegurado lo mismo y al cabo de algunos dias lo has contradicho.

—Querida mia, aún las enfermedades desesperadas tienen sus altos y bajos, y no hay moribundo que no tenga relámpagos de esperanza. Tambien yo he tenido mis relámpagos.

—¿Pero, á qué vienen esas melancolías, Mario?

—No son melancolías, son desengaños. Quieres que te diga una cosa, que jamás he dicho á nadie y que casi nunca me he atrevido á decírmela á mí mismo pero cada vez creo más firmemente verdadera, tanto, que casi siento desprecio hácia todos los que por largo tiempo se empeñan en hacerme creer lo contrario. En cuatro palabras está dicha:—Hé equivocado el camino.

—Quita allá—dijo con viveza la muchacha—ahora verás tú. Conozco el secreto de todas estas melancolías. Tienes una arruga aquí, entre ceja y ceja que cuando estás sereno casi no se nota, y que cuando la serenidad te falta se hace profunda como si fuese honda herida. De un mes á esta parte la veo casi todos los dias. Hé aquí por qué no puedes trabajar. Desengaños, haber perdido el jugo, todo ello son fantasías: el mal está en esto. Todo lo que hay que hacer es procurar que esa arruga se estire;—y añadió apuntando con su índice al entrecejo:—yo te pondré

el dedo encima hasta que desaparezca, y ya verás como vuelve entonces la inspiración y la confianza en tí mismo.

Mario acarició la barba de la joven entre sus dedos, y abandonando su mano, dijo:

—¡Ah, Teresa mía! sobre la arruga verdadera no puedes tu poner el dedo, porque está dentro del cerebro.

—Entonces—dijo la muchacha con la benévola ironía que se usa con los niños, fingiendo dar importancia á una tontería,—entonces no hay remedio; ya comprendo que has errado el camino. No hablemos más de ello.

—Y sin embargo—repuso el joven sin mirarla,—aun cuando esta certeza se haya apoderado de mí poco á poco, evitándome de este modo la pena de uno de aquellos desengaños que destrozan, antes de que se haya pensado en resistirlos, creo que la hubiera podido soportar con ánimo más firme.

Teresa sonrió.

—Verdad es que cuando muchos años se ha ido alimentando la esperanza de llegar á ser algo en el mundo, y se ha visto gozar á la familia y á los amigos con esta misma esperanza, y se han obtenido mil demostraciones de simpatía y de respeto de las gentes, no tanto por lo que uno era sino más bien por lo que prometía llegar á ser, el darnos cuenta de que nos hemos engañado y que hemos engañado á los demás; prever que llegará día en que el público nos haga devol-

ver con el desprecio las alabanzas que le hemos usurpado; el sentirnos atraídos, envueltos y arrebatados por la multitud, de entre la cual se había conseguido levantar cabeza; persuadirse al fin de que se ha malgastado la juventud, el ingenio, los esfuerzos, y tenerse que preparar á sufrir desencantos y vergüenzas, que recorriendo un camino más modesto se hubieran evitado, obteniendo honrado nombre y vida tranquila... Es este un cambio, Teresa, que se asemeja al de un hombre que de rico y poderoso se encuentra reducido á la miseria.

Teresa le miró con atención y luego, sospechando si por ventura no hablaba seriamente, tomó un libro, lo abrió, puso un dedo sobre el nombre del autor, y preguntó con infantil ingenuidad, bajando la voz:

—¿Es este señor el que habla?

—Él es, él—respondió Mario rechazando el libro.—Ah, querida amiga, cuanto te engañas si crees que la vista de todos aquellos papelotes impresos vá á despertar en mí el más mínimo sentimiento de altanería. Sí, ciertamente, cuando estoy en medio del público, aparento que valgo alguna cosa, y pongo mi amor propio á la defensiva. Al ver la presunción de tantos que valen aún menos que yo, y ante el temor de procurar á los demás, mostrando hácia mí mismo poca estima, el pretexto de que me tengan en menos, me sostienen un poco; y así, el que me hiere por el lado del amor propio, siente la resistencia del orgullo. ¡Pero á solas conmigo mismo, ya es otra cosa! ¡Si te

dijera que se pasan los meses sin que lea una página de mis escritos, aun cuando casualmente se ofrezcan á mi vista, por temor de recibir una impresion desagradable? ¿Si supieras que repasando mis trabajos, hasta los mejores, he dado en sospechar que el comun acuerdo de los amigos, la benevolencia de los conocidos y la indulgencia solicitada de otros muchos, han sido causa del pequeño éxito alcanzado?... ¿Y si te dijera, además, que cuando corrijo las pruebas de imprenta, siento alguna vez repleta de sangre mi cabeza, echándome á pensar instintivamente la manera de deshacer la obligacion contraida con el editor, y que comprendiendo la imposibilidad de llevarlo á cabo, busco algun recurso á lo ménos para que mis escritos no se difundan y no lleguen á manos de tal ó cual persona de estimacion?...

—¡Pero, por Dios, estas son exajeraciones y nada más! Porque, cualquiera que sea la opinion que tengas formada de tí, no puedes poner en duda un hecho que debería bastar para darte ánimos: el favor del público.

—Aquí te quería yo. ¡El favor del público! ¿Qué es? ¿Qué prueba el favor del público? ¿Quién no alcanza algo de este favor, escribiendo, si tiene un poco de corazon y no ofende alguna clase de la sociedad y sigue las corrientes de la época, de modo que la generalidad sienta y piense lo que lee ó no tenga interés en negarlo? Mira, entra en un café de cualquiera de nuestras grandes ciudades, y milagro será si no

tropiezas en algun rincón, un pobre hombre en quien nadie se fija y cuyo nombre nadie conoce, y del cual, hace veinte ó treinta años, alguien no haya dicho y publicado que era una esperanza de la literatura patria y que llegaría á ser una gloria nacional. A los veinte años todos tenemos en la cabeza cosas hermosas y corazon muy generoso, y todos sentimos la necesidad de publicarlo. Pues bien; á mí me ha pasado esto, he publicado mi desahogo juvenil y no hay más que decir. Basta: ahora debería dejar la pluma á un lado y abrazar una profesion, porque una cosa es haber nacido para pasar por el estadio de escritor, y otra afirmarse en él; una cosa es tener ingenio para escribir y otra tener tanto ingenio, que legítimamente no pueda uno hacer otra cosa más que escribir.

—Yo no sé contestar á todas estas cosas—dijo Teresa conmovida;—pero me parece que no son ciertas. ¿Qué resulta de todo ello? ¿Que no debes escribir más? ¿Vas á decirme que no eres capaz de hacer nada? ¿Quieres probarme que eres un estúpido?

—No, porque no lo soy; si lo fuera, ni me hubiera desengañado yo mismo, ni tendría contigo esta conversacion; seguiría creyéndome un animal raro, como hacen muchos, á despecho del mundo entero. El desengaño que he sufrido, prueba que algo hay en esta cabeza. Este *algo* no basta, sin embargo. A veces abrazo con el pensamiento grande espacio alrededor de mí; son visiones instantáneas, como en noche tem-

pestuosa la luz de un relámpago. Aferro con la mente el extremo de una cadena de ideas; doy un tirón, y no me queda en la mano más que el primer anillo. ¡Distan mucho, querida mía, estos golpes de ingenio del ingenio verdadero! de aquel ingenio audaz é imperioso que alguna vez se afirma con soberbias palabras, que arroja rayos de luz y pedazos de oro macizo, que atrae así y hace enmudecer á otros ingenios menores, que sigue su camino despertando y dominando al mismo tiempo iras y envidias mortales, que supera los obstáculos y los derrumba, que vuela en la region donde los otros apenas llegan con la mirada, que arrastra, enamora y espanta! Estos son los hombres de génio, válvulas abiertas en la naturaleza humana, por las cuales vé confusamente la multitud algo del otro mundo, arrancándole un grito de maravilla. Estos tienen derecho á consagrar toda su vida al arte; estos son los grandes árboles de la humana vegetacion; los demás son plantas parásitas, y yo soy una hoja de estas plantas.

—¡Grandes árboles!—murmuró Teresa tímidamente.—Aparte de los cuatro ó cinco que todos conocen, por ahora al ménos, yo no veo que aparezcan en el horizonte esos grandes árboles.—Pronunció de prisa una larga série de nombres y preguntó:—¿Son estos quizá los respiraderos esos abiertos en la humanidad?

—No—respondió Mario;—pero aun así, yo no debo compararme con ellos para tener una idea justa

de lo que soy. Debo reunir todos estos en un mazo, incluso yo, y compararles con los poquísimos que se hallan en la cúspide. Es preciso salir del propio país para ver lo que parecen ciertas aureolas de casa ¡vistas de lejos! Cuando se observa que los verdaderos nombres grandes nuestros y aun de nuestros tiempos suenan á orillas del Támesis como á orillas del Tíber, en las del Tajo como en las del Rhin, en las del Sena como en las del Adigio, ¿qué caso quieres tú que se haga de aquellos que caen como globos rotos en las fronteras de su propio país? ¿Qué somos en comparacion de aquellas águilas que dan la vuelta al mundo, nosotros, mosquitos, que vivimos en un soplo de aire y hacemos un zumbido tan leve que apenas se siente de una á otra hoja de la flor? Nosotros, que mostramos ostentosamente todo nuestro saber en una cualidad que para los demás no es sino una de las mil facetas de la perla de su génio? ¡Ah, cómo se penetra uno de todo esto viajando! Cuando un extranjero me preguntaba:—¿Vd. escribe?

—Yo, respondía de prisa, avergonzado, como si rechazara una sospecha injuriosa:—¡No! ¡No! ¡No! escribo!

Teresa moviendo la cabeza sonreía:

—¡Siempre eres el mismo!

Mario, despues de una breve reflexion, replicó:

—¡Vivir para escribir! ¡Bella presuncion! ¡Tener en la cabeza tantas cosas dignas de ser dichas al mundo, que absorben toda la vida! ¿Con qué derecho puede

uno emplear toda su vida en esto? Escribir, en materia de arte, no debería hacerse más que para satisfacer una necesidad del alma, y satisfacer una necesidad no puede valer lo mismo que pagar una deuda. Por consiguiente quien no hace más que escribir, no paga su deuda á la sociedad; y si así parece á los demás, á él no debe parecerle. Responder á uno que me pregunte cuál es mi profesion:—Escribo.—me parece lo mismo que si preguntándome:—¿Qué haces ahí?—le respondiera:—Respiro.—¿Y quién es este poltron que mién tras tanta gente mejor que él suda sangre para ganarse la vida, pasa el día sentado en su silla predicando la virtud y excitando á que los demás hagan? Que trabaje él tambien durante el día y escriba de noche el tiempo que le quede libre. ¡Metedlo en una oficina!

—¡Ah, lo que es eso no!—dijo Teresa entre des-
pechada y conmovida.—No todos pueden trabajar
con los brazos!

—¡Pero yo si puedo! ¿Y qué crees tú? ¿Que no me
avergüenzo alguna vez de ser robusto? Cuando veo
amontonados sobre mi mesa los cinco ó seis libros
que he escrito, de los cuales dentro de algunos años
ni siquiera se encontrará el título en los catálogos de
los libreros, y pienso que he perdido para hacerlos
los años más vigorosos de la juventud, y que quizá
perderé de idéntica manera, y sin mayor fruto, los
que me quedan; y mirándome al espejo, me veo con
un par de espaldas atléticas, ¿qué se yo? siento que

hay una desproporcion tan grande con el trabajo rea-
lizado y un desacuerdo, que no me agrada y que me
hace perder la tranquilidad de la conciencia; como
si para hacer un bastoncillo se hiciera astillas una vi-
ga. Deseo encorvar mis espaldas bajo el peso de la
carga, y que mis manos se encallicen manejando las
herramientas.

Teresa le cogió ambas manos.

—Cuántos hombres se han perdido—continuó Ma-
rio—por este maldito afan de escribir! Hombres de
corazon nobilísimo, dotados de cierto poder para
trasmitir á los demás su propio espíritu, provistos de
un vivo sentimiento de la belleza; oradores fáciles
que habrian, en otro campo, adquirido y ejercitado
un poder beneficioso sobre los demás... ¡todo perdido!
Yo, por ejemplo, me sentía nacido para maestro de
escuela, hasta el punto, que cuando veo en una habi-
tacion cuatro bancos y una mesa, se remueve todo
mi ser, y aún más que maestro de escuela, el mayor
gusto de mi vida hubiera sido tratar con pobres gen-
tes, con trabajadores; si hubiera llegado á ser juez
en un pueblecillo me hubiera hecho digno de una es-
tátua.

Teresa lo miraba con fijeza.

—Cuando leo los escritos de mis amigos novelistas,
poetas, críticos, veo casi siempre entre renglones sus
hermosas facultades mal empleadas, y pienso con do-
lor que el uno hubiera sido excelente médico, el
otro inimitable director de colegio, el de más allá

un honrado y sobresaliente abogado. Y les digo como me digo á mí mismo:—¡Vamos fuera de camino todos, por haber tomado como facultad principal una secundaria, que solamente debiera servir de ayuda, de ornamento á las demás; por haber creído que lo que solo debía ocuparnos una hora al día bastase para llenar toda nuestra vida; por haber considerado como verdadera vocacion lo que era pura tendencia y no más!

—¿Y cuando ves á estos amigos—preguntó Teresa sonriendo—les dices que habrían hecho mejor en ser médicos, maestros de escuela, etc.?

—Sí, se lo digo. Porque de todo ello resulta que teniendo la ambicion sin contar con la potencia para despertar la admiracion del país, hacemos como los mendigos, que se contentan con lo que les dan: inspirar *simpatía*, *estimacion*, gozar la *consideracion* de las gentes, adquirir *notoriedad*, no llegan á más nuestros esfuerzos: á cada paso tendrás ocasion de leer el simpático, el estimable y estimado, el conocido, el distinguido escritor y otros insípidos y vacíos calificativos, que en medio de nuestra nulidad nos complacen, pero que exprimiendo su jugo no significan más que el mediano, el insignificante, el impotente y el nulo; porque el que haya dedicado la vida al arte y no llegue más que á hacerse simpático, estimado, apreciable, ha perdido tiempo y trabajo. En nuestro interior lo sentimos así nosotros mismos.

—Pero...

—Por esto en lugar de trabajar tranquilamente y con nobleza, nos afanamos, hacemos todo género de esfuerzos desesperados por salir fuera del círculo de la medianía que nos ahoga, y lanzamos un libro tras de otro con furia, ávidos, impacientes, esperando siempre que el último que tenemos entre manos sea el que sirva para nuestra gloria futura, suplicando á los transeuntes que se detengan, gritando al país: vuelve la cabeza, mírame, te aseguro que tengo génio; dame tiempo para hacer alguna otra cosa, no pronuncies todavía el juicio último, espera y verás.—Entretanto el viento se lleva libritos y librotos, se envejece en el olvido y en la desesperacion, hasta que un día se estira la pata, y diez periódicos salen diciendo que hemos dejado *inmensa herencia de afectos*, y... al día siguiente ya no hay quien pronuncie nuestro nombre. Hé aquí la carrera de los escritores simpáticos, estimados, conocidos y distinguidos; mi carrera es como la de otros cien campeones de la *jóven literatura*.

—¡Pero quién no ha tenido—dijo Teresa—aun los más grandes, ratos de desanimacion!

—Está segura de que eran otros decaimientos—respondió.—Sentian que su obra era en mucho inferior á su ingenio, y por eso se desanimaban. Toda la luz que brillaba en su mente le han reflejado sobre el mundo; ¿pero quién puede imaginar todo el esplendor que veían con los ojos de su génio? ¿Quién sabe el portentoso *Cinco de Mayo* que vislumbró Alejandro Man-

zoni antes de que se pusiera á escribir el que conocemos? Todos los grandes, es cierto, cayeron alguna vez; pero á los pocos pasos de la cima, habian subido ya á una altura tremenda. Y no caian por flaqueza sino arrebatados por el vértigo. En estas batallas, unas veces salian vencedores y otras vencidos. En mí no hay esa lucha: solo siento la quietud de la muerte. Para los grandes que llaman al templo del arte, alguna vez, se oye desde dentro una voz consoladora:—Todavía no.—A mí sólo me dice:—¡Fuera!—A aquellos les suplica que esperen, y á mí se me arroja como á un bribon.

Teresa abrió el libro que poco antes había cogido y fingió que leía sin hacer caso de las palabras de Mario.

—Sí, lee, lee,—continuó Mario sonriendo—el que se contenta goza pronto. Yo por mi parte haré un poquito de crítica á tu autor. Sus personajes son muñecos que recitan todos el mismo papel, y se presentan en escena dejando ver por debajo la mano del tiritero. Tres ideas vestidas de mil colores; y nada más que tres ideas. Un *manzonismo* deslabazado, sin decididas afirmaciones, oscilando continuamente entre el creo y el no creo, y queriendo hacer sentir las cosas sin comprometerse con las palabras. Un temor doble de hacer reir á los descreidos y de descontentar á la gente piadosa, atrayendo siempre traidoramente al corazón, cuando debiera atraerse á la cabeza; y por fin la persuasion profunda de que se de-

be dar un puntapié á lo convencional, á los escrípulos gramaticales, á las nobles palabras, á todas las formas de la lengua insípida, pedantesca, bastarda, que se habla fuera de Toscana; y la bellaquería de no hacerlo por miedo á los que combaten la proposición de Manzoni, porque no quieren comenzar á estudiar de nuevo.

—Yo no entiendo una palabra de cuestiones de lenguaje,—dijo Tesesa—así que no sé contestar. En lo que se refiere á los muñecos, sin embargo, la verdad es que si dicen cosas buenas, ¿qué importa que se vea la mano que los pone en movimiento?—Decía esto sonriéndose y cogiendo una mano á Mario.

—¡Decir cosas buenas!—exclamó éste.—Quisiera que me indicases qué derecho tengo yo para decir cosas buenas, que no hago, y para poner debajo mi firma como si las hiciera. Recuerdo, hace pocos días, cuando te dije que cumplía veintisiete años, que exclamaste:—¡Veintisiete años! ¡Ya has hecho mucho! ¡Mucho! Todavía, ni he salvado la vida á nadie, ni he pasado treinta noches seguidas al lado de un enfermo, ni jamás he corrido el peligro de que me diesen una cuchillada por arrancar á una mujer de manos de un hombre brutal que la abofetea en medio de la calle; nunca he hecho diez millas á pié por llevar una buena noticia á alguna pobre familia, ni nunca me he privado un mes seguido del cigarro, del teatro ó de beber un vaso de cerveza para poder hacer un regalo á cualquier antiguo maestro de escuela

que lo fué mio y que se halla en estrechura. Pues bien: conozco gente jóven que ha hecho y hace esto, que se avergonzaría de escribirlo, y que cuando lo leen escrito por mí, me dicen:—¡Bravo! Vd. hace cosas muy buenas! Feliz Vd.”

—Verdad, ¿y qué quiere decir esto?

—Quiere decir, que al oír estas palabras, me pongo encendido de vergüenza, porque soy yo el que debiera decírselas á ellos, y ellos decirme á mí que soy un impostor.

—Entonces,—repuso Teresa con ironía, que no advirtió Mario—si escribiendo cosas morales te parece que eres un impostor, escríbelas inmorales y vivirás en paz con tu conciencia.

—¡No!—respondió Mario—jamás. Aunque quisiera, no podría. Sobre este punto aún no conoces mis ideas, y voy á decírtelas. De un hombre de genio, lo acepto todo; que crea, que no crea, que sea optimista ó lo vea todo negro, que no me enseñe más que lo hermoso ó que me muestre las fealdades de los demás ó las suyas propias; disiento de él, lo deploro, pero acepto, ó á lo ménos me doy cuenta de cómo puede parecerle lícito escribir lo que piensa y lo que hace. Es un hombre de génio, pues prefiero que sea como es á no tenerle; áun ofendiéndome y desgarrándome el corazón, me hace ver muchas cosas bajo nuevo aspecto; me obliga á pensar, y me lleva, cuando ménos, á admirar en él un hombre de nuevo cuño, y una gradación más en la variedad infinita de la na-

turalidad. Está bien. Pero que un hombre de ingenio de segunda categoría, de los que es dudoso si hicieron bien ó no eligiendo el camino de las letras, y que deberfan, puesto que el mundo podría muy bien pasarse sin ellos, buscar por todos los medios manera de que se les perdone la ambición que les devora; que uno de estos, digo, tenga la desfachatez de gritar al mundo entero:—Mira—para hacernos saber que no cree en nada, que le devora la bilis, que desprecia á sus semejantes, que vive entre podredumbre y se emborracha: á éste, por Dios, no sólo no le admito, sino que no lo comprendo, de igual modo que tampoco comprendo cómo el público no se estomaga de estas ridiculeces de los disolutos geniales, y no los aparta de su lado con la escoba.

—¿De modo que escribes moral?—replicó Teresa. —¡Ya no sé qué decírtel! ¡Aseguras que eres un impostor! Yo creo que basta ser honrado para poder escribir cosas santas, sin fingimiento. ¿Cómo podrías escribir, si antes de sentarte á la mesa tuvieras que hacer diez millas á pié para llevar una buena noticia á una familia pobre?

Mario sonrió, encogiéndose de hombros; despues de algunos minutos de silencio, añadió:

—Recuerdo muy bien en Florencia, paseándome por fuera de la Puerta Romana, al anochecer, haber visto de repente gran luz que salía detrás de un grupo de casas, y gente que corría. Corrí yo también hasta llegar delante de cierta vivienda que ardía, y en me-

dio de la multitud de curiosos que promovía grande estrépito. Hacía poco que estallara el incendio, y ya las llamas salían del tejado y por varias ventanas, oyéndose dentro espantoso ruido de vigas y techumbres que caían, viniendo á mezclarse con los gritos de las mujeres y de los niños. Era un espectáculo desgarrador. Llegaban en aquel momento las bombas y los guardias comenzaron el consabido trabajo de echar atrás á la gente con la gritería y el desórden acostumbrados. De repente se oye un grito aterrador; arremolnase mucha gente en determinado sitio. La desgracia de siempre: ¡una pobre mujer que había encerrado á su hijo en la casa para poder salir y que volvía demasiado tarde ya! En un abrir y cerrar de ojos se esparció la voz. Por fortuna, la ventana del cuarto daba á la calle; trajeron una escala y apoyándola en el antepecho, subió un guardia; no había llegado arriba, cuando densa nube de humo negro y lenguas de fuego salieron por lo alto de la ventana; al pobre hombre le faltó el valor. La multitud gritó:—¡Abajo, abajo!—El guardia bajó precipitadamente. Subió otro y cayó en tierra amedrentado como el primero; cinco ó seis hombres se agitaban al pié de la escala y ninguno subía. Entre tanto la pobre madre lanzaba gritos horribles, se ponía de rodillas, se mesaba los cabellos y hacía cosas que destrozan el corazón. No sé lo que entónces pasó por mí; se me nubló la vista, mil pensamientos cruzaron en el momento por mi imaginacion; aquel niño, mi ma-

dre, un gozo inmenso; oí como una vez sobrehumana gritarme al oído:—¡Vé!—y en el mismo instante irresistible impulso me puso de un salto al pié de la escala; una vez allí... parecía que me sujetaban con garras de hierro y permanecí clavado, inmóvil traspuesto como el que se halla al borde del precipicio. Mientras miro á mi alrededor y vuelvo en mí, veo que un hombre se lanza de entre la multitud como saeta, echa por tierra á un guardia, sube á lo más alto de la escala, se mete por la ventana que parecía boca de horno; profundo silencio reina por todas partes.—Aparece el hombre,—la multitud lanza un grito—se sube sobre el antepecho, dá la vuelta, pone el pié sobre la escala, desciende y cae á tierra exánime... ¡Había traído consigo al niño sano y salvo!... Está bien; es una cosa que ocurre muchas veces. ¡Ah, Teresa! pero aquella vez estaba yo allí, lo he visto todo;—he visto cuando la madre se lanzó al cuello de aquel hombre;—la he mirado en los ojos;—he contado los besos furiosos que le estampó en la frente y en el pecho;—he sentido sus gritos;—los siento todavía;—no creía que un semblante pudiese trasfigurarse de aquella manera y que tales voces y tales sollozos de alegría brotasen de un pecho de barro humano sin hacerle pedazos! ¡No creía que se pudiera ser hermoso, feliz, glorioso, como lo era aquel hombre cuando se pasó la mano por el pelo chamuscado y que al retirarla llena de mechones que se caían, fuera posible reír!

Teresa estaba conmovida.

—Yo volví á casa — continuó Mario,—triste y lleno de desprecio hácia mí mismo como si hubiera cometido una accion vergonzosa. Pensaba en aquel hombre y me parecía ser ménos que un gusano á su lado. Pensaba en mis estudios, en las pequeñas satisfacciones del amor popio, todo me parecía frío y mezquino, en comparacion del goce infinito que había dejado escapar. Cuando entré en casa encendí la luz y me dejé caer sobre una poltrona, diciéndome á mí mismo:—¡Bravo: ahí tienes tu pedestal!—Oía voces en la calle que me parecian el eco de los gritos de la madre y de la multitud, por todas partes veía aquella ventana vomitando fuego, la escala, el valiente que subía. De pronto se fijan mis ojos en la mesa, donde había papeles esparcidos, no me acordaba lo que eran: miro... eran páginas de un escrito en el cual decía cosas muy hermosas respecto del amor materno, de la virtud del sacrificio, de la generosidad, del valor. ¿Qué quieres que te diga? Aquellas palabras me hicieron en aquel momento el efecto de una in-noble superchería, de una hipócrita é insensata ostentacion; sentía repleta de sangre mi cabeza, y eché por tierra aquel monton de papeles...

Teresa le puso una mano en la boca.

—¡Y escupí sobre ellos tres veces seguidas!—añá dió Mario rechazando la mano.

—¡No, Mario!—exclamó Teresa—¡no digas eso!

—Sí, déjame que lo diga—respondió Mario con

sonrisa afable y melancólica;—este es uno de los pocos rasgos hermosos de mi vida. ¿Quieres saber ahora por qué me parece una impostura el escribir lo que no hago?

—Y sin embargo—díjole Teresa mirándole atentamente, despues de un momento de silencio.—Y sin embargo, mañana tornarás á escribir.

Mario se encogió de hombros.

—Sí, escribirás—replicó Teresa,—porque yo soy mujer capaz de hallar en mi pequeña cabeza razones suficientes que oponer á todo lo que llevas dicho hasta aquí para probarme que no debes escribir más.

—Oigámoslas.

—No me atrevo á decírtelas, porque... no sé explicarme; soy una tontucla... no entiendo palabra de literatura.

—¿Crees en los ángeles?

—Yo sí.

—¿Y crees que los ángeles entienden de literatura?

Teresa se sonrió continuando:

—Pues bien, dices que sólo los grandes deberían escribir y no me parece justo. Hay en este mundo tantas almas que se asemejan, que viven de idéntico modo, que ven las cosas bajo el mismo punto de vista que aun tienen las mismas debilidades... Estas almas se buscan, y al encontrarse, áun cuando sea en las páginas de un libro, gozan y se unen á quien las ha escrito, como si fuera amigo íntimo. Los grandes es-

critores abarcan gran número de estas almas, porque abrazan la naturaleza bajo muchísimos aspectos. Los escritores que vienen detrás, abrazan ya ménos, pocas, pero bastan estos pocos aspectos para que también ellos tengan su razon de ser. Los grandes escritores provocan la admiracion, el entusiasmo; los otros solamente la simpatía y el afecto. Pues aunque no sea más que engendrar simpatía, me parece obra digna que justifica un libro, porque la simpatía es siempre noble disposicion del ánimo, y una disposicion benévola será siempre la meta de toda buena accion. ¿Y, qué razon hay además para que el grande excluya al pequeño y para que lo hermosísimo excluya á lo gracioso? Segun esto, no deberfan existir las margaritillas ni las violetas, porque hay girasoles y rosas. ¿Quizá el poema de Dante vá á impedirme llorar, y sentir llena mi alma de emocion, leyendo las novelas de Thouar? Cuando se está seguro de que quinientas personas leerán lo que uno escribe, siempre que se tenga un buen sentimiento, por más que fuese á propósito de dos mosquitos que pasan, se debe escribir; y si se emplea toda la vida en escribir cosas que transmiten buenos sentimientos á quinientas personas, la vida me parecerá muy bien empleada... Y en cuanto á escribir lo que uno no hace, tampoco creo que tienes razon; las buenas acciones no sólo se hacen con el valor y con el sacrificio; despertar afectos nobles, consolar, enternecer, serenar por un momento el ánimo agitado de alguien, son buenas acciones, no mé-

nos meritorias que el estarse un mes sin fumar por hacer un regalo al maestro. ¿Qué importa que un libro que ha producido estos efectos, despues de cierto tiempo caiga en el olvido? ¡Cuántas buenas acciones no se olvidan todos los dias! ¿Quizá no deben cumplirse buenas acciones más que para la posteridad?

Mario callaba, con la cabeza baja.

—Basta, no quiero perderme en mil razonamientos; ¡Quién mejor que tú sintió estas verdades cuando escribías tus primeras cosas! Y siempre que terminabas una, te presentabas aquí con los brazos abiertos y la cara radiante, diciéndome:—Teresa, ¡cuanto sentiría morirme!—Teresa, no me digas que soy soberbio: te aseguro que hoy sentía dentro de mi un angel y que él era el que me dictaba; si no he escrito mejor, es porque no he oido bien lo que me decía, por la furia con que me hablaba.—Mira, áun ahora mismo brillan tus ojos al recordarte aquellos dias.—Dame la mano, Mario, recobra ánimos y confianza, búscala aquí, la inspiracion, en el corazon, veras como te responde, tu fuerza está aquí; prométeme que seguirás escribiendo, que te pondrás otra vez contento y alegre para que te dé un beso en la frente, dime que sientes el angel en tu interior. ¡Mario!

Mario, conmovido, inclinó su cabeza sobre el pecho de Teresa, y permaneció largo tiempo inmóvil y pensativo.